

bleciéndose, á producir en España, en Flandes y hasta en Francia un arte análogo, aunque alterado ó desviado por las disposiciones originales de las razas en donde se trasplantará, y se puede deducir con certeza que para traer nuevamente sobre la escena del mundo un arte semejante, ahora será preciso que la corriente de los siglos establezca primero en ella un medio ambiente semejante.

TERCERA PARTE

La pintura en los Países Bajos

CAPÍTULO PRIMERO

Las causas permanentes

En los tres años anteriores os he expuesto la historia de la pintura en Italia; debo este año presentaros la historia de la pintura de los Países Bajos. Dos grupos de pueblos han sido y son los obreros principales de la civilización moderna: de un lado los pueblos latinos y latinizados, italianos, franceses, españoles y portugueses; del otro, los pueblos germánicos, belgas, holandeses, alemanes, daneses, suecos, noruegos, ingleses, escoceses, americanos. En el grupo de los pueblos latinos, los italianos, sin discusión, son los mejores artistas; en el grupo de pueblos germánicos, lo son sin discusión los flamencos y los holandeses. De suerte que estudiando la historia del Arte en esos dos pueblos, estudiamos la historia del Arte moderno entre sus representantes más grandes y más opuestos.

Una obra tan vasta y tan diversa, una pintura que dura cerca de cuatrocientos años, un arte que cuenta tantas obras maestras é imprime á todas sus obras un carácter original y común, es una obra nacional; por lo tanto, se une á la vida nacional, y su raíz está en el carácter nacional mismo. Es una floración preparada profundamente y desde lejos por una elaboración de la savia, conforme á la estructura adquirida y á la naturaleza primitiva de la planta que la ha llevado. Según nuestro método, vamos primero á estudiar esta historia íntima y previa, que explica la historia exterior y final. Os mostraré primero la semilla, es decir, la raza, con sus cualidades fundamentales é indelebles, tales como persisten á través de todas las circunstancias y en todos los climas: en seguida la planta, es decir, al pueblo mismo con sus cualidades originales, acrecentadas ó limitadas, en todo caso aplicadas y transformadas por su medio ambiente y su historia; en fin, la flor, es decir, el Arte, y particularmente la pintura, á la que va á parar todo ese desarrollo.

I

Los hombres que habitan los Países Bajos pertenecen á esa raza que invadió el imperio romano en el siglo V, y que entonces por primera vez, al lado de las naciones latinas, reivindicó su puesto al sol. En ciertas regiones, en la Galia, España é Italia, no trajeron más que jefes y un apoyo al pueblo primitivo. En otras comarcas como Inglate-

rra y los Países Bajos, echaron, destruyeron, reemplazaron á los antiguos habitantes, y su sangre pura ó casi pura corre todavía hoy por las venas de los hombres que ocupan el mismo suelo. Durante toda la Edad Media, los Países Bajos se llamaban la Baja Alemania. Las lenguas belga y holandesa son dialectos del alemán, y salvo el distrito walón, en donde se habla un francés estropeado, son el idioma popular de toda la región.

Consideremos los rasgos comunes de toda esta raza germánica y las diferencias por las que se opone á los pueblos latinos. En lo físico, hallamos una carne más blanca y más blanda, ordinariamente unos ojos azules, con frecuencia de un azul de porcelana, ó pálidos, más pálidos á medida que se avanza hacia el Norte; en Holanda á veces vidriosos, el pelo de un rubio de lino y casi blanco en los niños pequeños; los antiguos romanos se extrañaban ya de ello y decían que entre los germanos los niños tenían cabello de viejos. La tez es de un rosa encantador, infinitamente delicado en las muchachas, vivo y tintado de bermellón en los muchachos, y hasta á veces entre la gente de edad; pero por lo común, en la clase trabajadora y en la edad madura, lo he encontrado livido, color de zanahoria, y en Holanda color de queso, y hasta de queso podrido. El cuerpo es, lo más frecuentemente, grande, pero construido á grandes golpes ó amazacotado, macizo y sin elegancia. Igualmente, los rasgos de la cara son irregulares, sobre todo en Holanda, abollados, con los pómulos salientes y las mandíbulas marcadas. En resumen, la finura y la nobleza esculturales faltan. Encontráis rara vez fisonomías regulares, como las caras bonitas tan abundantes en Tolosa y en Burdeos, como las hermosas y orgullosas cabezas que abundan en la cam-

piña de Florencia y de Roma; encontraréis mucho más frecuentemente unas facciones exageradas, unos conjuntos incoherentes de formas y de tonos, unas hinchazones de la carne extrañas, unas caricaturas naturales. A tomarlas por obras de arte, las figuras vivas testimonian una mano pesada y fantástica, por su dibujo más incorrecto y más blando.

Si ahora observamos ese cuerpo en acción, hallaremos sus facultades y sus necesidades animales más groseras que en los latinos; la materia y la masa parecen predominar en ellos sobre el movimiento y sobre el alma; es voraz y hasta carnicero. Comparad el apetito de un inglés ó de un holandés al de un francés ó al de un italiano; que aquellos de entre vosotros que han visitado el país recuerden las mesas redondas y la cantidad de alimento, sobre todo de carne, que engulle tranquilamente y varias veces al día un habitante de Londres, de Rotterdam ó de Amberes; en las novelas inglesas se almuerza siempre, y las heroínas más sensibles al final del tercer tomo han consumido una infinidad de terrinas de manteca, de tazas de té, de pedazos de ave y de sánwichs. El clima contribuye á ello; bajo la bruma del Norte, no se sostendría uno, como un aldeano de la raza latina, con una escudilla de sopa, ó un pedazo de pan untado de ajo, ó con medio plato de macarrones. Por la misma razón al germano le gustan las bebidas fuertes. Tácito lo había ya observado, y Ludovico Guicciardini, un testigo ocular del siglo XVI que os citaré más de una vez, dice hablando de los belgas y de los holandeses: «Casi todos son aficionados á la bebida, son apasionados por ese vicio, se hartan de bebida por la noche y á veces desde por la mañana.» Hoy, en América y en Europa, en la mayor parte de los

países germánicos, la intemperancia es el defecto nacional, la mitad de los suicidios y de las enfermedades mentales provienen de ella. Hasta en las gentes razonables, hasta en las gentes de condición mediana, es muy grande el placer de beber; en Alemania y en Inglaterra, para un hombre bien educado no es una deshonra levantarse de la mesa con un principio de embriaguez; de tiempo en tiempo, se emborracha totalmente; entre nosotros, por el contrario, es una mancha; en Italia es una vergüenza; en España, en el siglo pasado, el nombre de borracho era una injuria que un duelo no era suficiente para borrar: provocaba una cuchillada. Nada semejante en el país germánico. Por eso las cervecerías tan frecuentadas y tan numerosas, los innumerables despachos de bebidas fuertes y de cervezas de todas clases, dan testimonio del gusto público. En Amsterdán entrad en una de esas pequeñas tiendas adornadas con toneles lustrosos, en donde se tragan, uno tras otro, vasos de aguardiente blanco, amarillo, verde, castaño, fortalecido frecuentemente con pimientos y pimienta. Tomad asiento á las nueve de la noche en una cervecería de Bruselas, delante de una de esas mesas de madera castaña alrededor de las que circulan los vendedores de cangrejos, de panes salados y de huevos duros; ved á esas gentes sentadas tranquilamente, cada uno solo, á veces de dos en dos, pero lo más frecuentemente en silencio, fumando, comiendo y bebiendo grandes sorbos de cerveza, que caldean de vez en cuando con un vaso de licor fuerte; comprenderéis por simpatía la fuerte sensación de calor y de plenitud animal que saborean solitariamente, sin decir una palabra, á medida que el alimento sólido y la bebida superabundante renuevan en ellos la substancia humana y que

todo el cuerpo participa del bienestar del estómago satisfecho.

Nos queda que mostrar en sus exterioridades un último rasgo que choca particularmente á los meridionales; quiero decir, la lentitud y la pesadez de sus impresiones y de sus movimientos. Un tolosano, vendedor de paraguas en Amsterdán, casi se arrojó en mis brazos oyéndome hablar francés, y durante un cuarto de hora tuve que aguantar sus quejas. Para un temperamento vivo como el suyo, las gentes del país eran intolerables: «tiesos, impasibles, sin emoción ni sentimiento, insípidos y apagados, unos verdaderos nabos, caballero, unos verdaderos nabos». Y de hecho su cháchara y su expansión hacían contraste. Parece que cuando se les habla no comprenden de primera intención que su máquina expresiva tiene necesidad de tiempo para ponerse en movimiento; se ve á un portero de museo ó á un criado quedarse atontado un minuto antes de contestar. En los cafés, en los vagones, la fiema y la inmovilidad de las facciones son chocantes; no experimentan como nosotros la necesidad de moverse y de hablar; pueden permanecer fijos durante horas enteras, frente á frente de su pensamiento ó de su pipa. En Amsterdán, en una *soirée*, las damas, ataviadas como relicarios inmóviles en sus sillones, parecen unas estatuas. En Bélgica, en Alemania, en Inglaterra, las caras de los aldeanos nos parecen inanimadas, apagadas ó adormiladas; uno de mis amigos, al volver de Berlín, me decía: «Todas esas gentes tienen los ojos muertos.» Hasta las mismas muchachas tienen un aire ingenuo y dormido; muchas veces me he parado en los escaparates de una tienda, mirando una cara rosa, plácida, cándida, una Madona de la Edad Media ocupada en hacer modas; en nuestro

Mediodía y en Italia es lo inverso, en donde los ojos de una griseta tienen aire de hablar con las sillas, á falta de otra cosa mejor, y en donde el pensamiento, en el momento que nace, se traduce primero en gestos. En los países germánicos, los canales de la sensación y de la expresión parecen obstruidos; todo lo que es delicadeza, emoción y agilidad de acción parece imposible; un meridional grita á la torpeza y á la inhabilidad; era el juicio espontáneo de todos nuestros franceses en las guerras de la Revolución y del Imperio. Sobre esto dan los mejores indicios la *toilette* y la manera de andar, sobre todo si se toman en la clase media ó inferior. Comparad las grisetas de Roma ó de Bolonia, de París y de Tolosa á las grandes muñecas mecánicas que veis en Hamptoncourt el domingo, infladas y tiesas, con sus chales violetas, sus sedas vistosas, sus cinturones de oro y todo el atavío de un lujo enfático. Me acuerdo en este momento de dos fiestas, la una en Amsterdán, en donde se reunían las ricas aldeanas de la Frisia, la cabeza encapuchonada en un gorro encañonado, sobre el que un sombrero de forma de cabriolé se torcía convulsivamente, mientras que sobre las sienes y la frente, dos placas, un frontón y unos tirabuzones de oro rodeaban una cara livida y mal trazada; la otra en Friburgo, en Brisgau, en donde las aldeanas, plantadas sobre sus pies sólidos, permanecían derechas, la mirada vaga, expuestas en su traje nacional: faldas negras, coloradas, verdes, violeta, con pliegues rígidos como los de las estatuas góticas, cuerpos hinchados por delante y por detrás, mangas rellenas y macizas en forma de piernas de carnero, talles apretados casi hasta el sobaco, pelos amarillos y lacios, levantados duramente y estirados hacia lo alto de la cabeza,

moños encerrados en un gorro bordado de oro y de plata, encima del cual un sombrero de hombre alzaba su tubo color de naranja, coronamiento heteróclito de un cuerpo que parecía tallado á golpes de hacha y sugería vagamente la idea de un poste pintarrajeado. En resumen, en esta raza, el animal humano es más tardío y más grosero que en la otra; está uno tentado de juzgarlo inferior, si se le compara al italiano, al francés del Mediodía, tan sobrios, tan prontos de espíritu, que, naturalmente, saben hablar, conversar, accionar su pensamiento, tener gusto, llegar á la elegancia, y sin esfuerzo, como los provenzales del siglo XIII y los florentinos del siglo XIV, se encuentran cultivados, civilizados, perfeccionados de una vez.

No hay que atenerse á esta primera prueba; no da más que una faz de las cosas: hay otra que acompaña á ésta como el lado de la luz acompaña al lado de la sombra. La fineza y la precocidad naturales en los pueblos latinos han tenido varias malas consecuencias: les dan la necesidad de las sensaciones agradables. Por lo tanto, en cuanto á la felicidad son exigentes; necesitan placeres numerosos, varios, fuertes ó finos, el entretenimiento de la conversación, las dulzuras de la cortesía, las satisfacciones de la vanidad, las sensualidades del amor, los goces de la novedad y de lo imprevisto, las simetrías armoniosas de las formas y de las frases; se vuelven fácilmente retóricos, diletantes, epicúreos, voluptuosos, libertinos, galantes y mundanos. Efectivamente, por esos vicios es por los que su civilización se corrompe ó acaba; los encontraréis en la decadencia de la antigua Grecia y de la antigua Roma, en la Provenza en el siglo XII, en Italia en el siglo XVI, en España en el siglo XVII y en Francia en el siglo XVIII. Su tem-

peramento, afinado más pronto, le lleva más pronto al refinamiento. Quieren saborear sensaciones; no se pueden contentar con las sensaciones apagadas; son como unas gentes que acostumbradas á comer naranjas, arrojarían muy lejos las zanahorias y los nabos; y sin embargo, de zanahorias, nabos y otras legumbres igualmente insípidas es de lo que se compone lo ordinario de la vida. En Italia es donde decía una gran dama comiendo un helado delicioso: «¡Qué lástima que no sea un pecado!» En Francia es donde decía un gran señor, hablando de un taimado diplomático: «¿Quién no le adoraría? Es tan vicioso...» Por otra parte, su vivacidad de impresiones y su prontitud de acción los hacen improvisadores; son demasiado viva y demasiado fuertemente impresionados por el choque de las cosas hasta olvidar el deber y la razón, hasta las puñaladas en Italia y en España, hasta los tiros en Francia, y por lo tanto mediocrementemente capaces de espera, de subordinación y de regularidad. Para triunfar en la vida, hay que saber tener paciencia, fastidiarse, deshacer y volver á hacer, volver á empezar y continuar, sin que el flujo de la cólera ó el impulso de la imaginación vengan á parar ó á desviar el esfuerzo cotidiano. En suma, si se comparan sus facultades con lo corriente, en el mundo se le encuentra á éste demasiado mecánico, demasiado rudo y demasiado monótono para aquéllas, y se las encuentra demasiado vivas, demasiado delicadas y demasiado brillantes para él. Siempre, al cabo de algunos siglos, se marca ese desacuerdo en su civilización; piden demasiado á las cosas, y por falta de dirección no obtienen siquiera lo que las cosas podrían darles.

Ahora suprimid esos dones felices, y por contragolpe, esas inclinaciones lamentables; imaginad

sobre ese cuerpo lento y pesado del germano una cabeza bien organizada, una inteligencia completa, y seguid las consecuencias. Teniendo impresiones menos vivas, el hombre así construido será más sentado y más reflexivo. Como tiene menos necesidad de las sensaciones agradables, podrá sin fastidiarse hacer cosas fastidiosas. Siendo sus sentidos más rudos, preferirá el fondo á la forma y la verdad íntima al decorado exterior. Como es menos pronto, está menos sujeto á la impaciencia y á los impulsos menos razonables; tiene perseverancia, puede persistir en la empresa, cuyo resultado está á larga distancia. En resumen, en él, la inteligencia es más soberana, porque las tentaciones de fuera son menores y las exploraciones del interior son raras: la razón gobierna mejor cuando en el interior haya menos sublevaciones y cuando en el exterior hay menos asaltos. Considerad, en efecto, los pueblos germanos hoy y en todo el curso de su historia. En primer lugar, son los mayores trabajadores del mundo; respecto de eso, para las cosas del espíritu, nadie iguala á los alemanes: erudición, filosofía, conocimiento de las lenguas más ásperas, ediciones, diccionarios, colecciones, clasificaciones, investigaciones de laboratorio; en toda ciencia, lo que es una labor enojosa y desagradable, pero preparatoria y necesaria, les pertenece; con una paciencia y una abnegación admirables, pican todas las piedras del edificio moderno. En cosas de la materia, los ingleses, los americanos, los holandeses, hacen la misma obra. Quisiera mostraros un aparejador de telas ó un hilador inglés trabajando: es un perfecto autómata, que trabaja todo el día sin un minuto de distracción, y la décima hora lo mismo que la primera. Si está en el mismo taller que obreros franceses, éstos hacen

un contraste chocante: no saben sujetarse á esa regularidad de máquina; están más pronto distraídos y cansados; por lo tanto, al cabo del día han producido menos; en vez de mil ochocientas agujas no llevan más que mil doscientas. La capacidad se aminora aún cuando se baja hacia el Mediodía: un provenzal, un italiano, tiene necesidad de hablar, de cantar, de bailar; voluntariamente gandulea y se deja vivir, y á ese precio se resigna muy bien á no tener más que un traje rapado. Allí la ociosidad parece natural y hasta honorable. La *vida noble*, la pereza del hombre que, como punto de honor, no trabaja, vive de expedientes y á veces de ayuno, ha sido el azote de España y de Italia durante los dos últimos siglos. Por el contrario, en las mismas épocas, el flamenco, el holandés, el inglés, el alemán, han puesto su gloria en abastecerse bien de todas las cosas útiles; la repugnancia instintiva que lleva al hombre ordinario á huir de la fatiga, la vanidad pueril que lleva al hombre cultivado á distinguirse del menestral, han cedido ante su buen sentido y su razón.

La misma razón y el mismo buen sentido fundan y mantienen entre ellos las diferentes clases de sociedades y primero la sociedad conyugal. Sabéis que en los pueblos latinos no es muy respetada: en Italia, en España, en Francia, el teatro y la novela han tenido siempre por asunto principal el adulterio; por lo menos, la literatura toma en él por héroe la pasión y le prodiga todas las simpatías, concediéndole todos los derechos. Por el contrario, en Inglaterra la novela es la pintura del amor honrado y la alabanza del matrimonio; en Alemania la galantería no es honorable ni en los estudiantes. En los países latinos está excusada ó tolerada y á veces hasta aprobada. La sujeción del

matrimonio y la monotonía del hogar parecen allí penosas. La seducción de los sentidos allí es demasiado penetrante; los caprichos de la imaginación son demasiado bruscos; el espíritu se forja un sueño de delicias, de transportes y de éxtasis, ó por lo menos una novela de sensualidad viva y variada: después, á la primera ocasión, el flujo acumulado se desborda, arrollando todos los diques del deber y de la ley. Considerad á España, Italia, Francia, en el siglo XVI; leed las novelas de Bandello, las comedias de Lope, las narraciones de Brantome, y escuchad al mismo tiempo las observaciones que Guicciardini, un contemporáneo, hace sobre las costumbres de los Países Bajos: «Tienen el adulterio en horror... Sus mujeres son extremadamente castas, y sin embargo se las deja muy libres.» Van solas á hacer visitas y hasta á viajar, sin que se hable mal de ellas; se bastan para guardarse. Además, son mujeres de su casa; les gusta su interior. Ultimamente aún, un holandés rico y noble me citaba varias mujeres jóvenes de su familia que no habían querido ver la Exposición Universal, y que se habían quedado en sus casas, mientras que sus maridos y sus hermanos iban á París. Una naturaleza tan tranquila y tan sedentaria esparce mucha felicidad en la vida doméstica; en el silencio de las curiosidades y de las avidedeces, el ascendiente de las ideas puras es más fuerte; como no se aburre uno de estar siempre con la misma persona, el recuerdo de la fe prometida, el sentimiento del deber, el respeto de sí mismo, prevalecen fácilmente contra tentaciones que en otras partes triunfan porque son más fuertes. Otro tanto diré de los demás géneros de asociaciones, sobre todo de la asociación libre. Es muy difícil de practicar; para que la máquina funcione con regularidad y sin

percances, es preciso que las gentes que la componen tengan los nervios tranquilos y estén dominados por la idea del fin. Está uno obligado á ser paciente en un mitin, á dejarse contradecir y hasta difamar, á esperar su turno para contestar, á responder con moderación, á soportar veinte veces seguidas el mismo razonamiento abastecido de cifras y de documentos positivos. No hay que tirar el periódico cuando la política deja de ser interesante, ocuparse de ella por el placer de discutir ó de perorar; insurreccionarse contra los jefes en cuanto disgustan; es la moda en España y en otras partes; conocéis un país en el que han echado abajo al gobierno porque era poco activo y la nación «se aburría». Entre los pueblos germanos, se asocia uno, no para hablar, sino para obrar; la política es un negocio que hay que llevar á bien; á ella se lleva el espíritu de los negocios; la palabra no es más que un medio; el efecto, aun lejano, es el objeto. Se subordinan á ese objeto, están llenos de diferencia hacia las personas que lo representan. Cosa única, aquí los gobernados respetan á los gobernantes; cuando éstos son malos, se les resiste, pero legalmente, con paciencia, y si las instituciones son defectuosas, se las endereza poco á poco sin romperlas. Los países germánicos son la patria del gobierno parlamentario y libre: lo veis establecido hoy en Suecia, en Noruega, en Inglaterra, en Bélgica, en Holanda, en Prusia, hasta en Austria; los colonos que desmontan la Australia y el Oeste de América, lo implantan con ellos; por brutales que sean esos recién llegados, prospera al instante y persiste sin trabajo, se encuentra en los mismos orígenes de Bélgica y de Holanda; las viejas ciudades de los Países Bajos eran repúblicas, y se han mantenido tales, á despecho de sus señores, duran-

te toda la Edad Media. La asociación libre se establece allí y se mantiene sin esfuerzo, y desde luego, la pequeña como la grande. En el siglo XVI encontramos en cada ciudad y hasta en cada barriada sociedades de arcabuceros y de retóricos; se han contado más de doscientas. Aun hoy, en Bélgica florecen un sinfín de asociaciones semejantes: sociedades para el tiro de arco, para el canto, para los pichones, para los pájaros cantores. En Holanda, unos particulares unidos voluntariamente proveen á todos los servicios de caridad pública. Obran cooperativamente, sin que nadie oprima á nadie; he ahí un talento totalmente germánico; es el mismo talento que les da tanto dominio sobre la materia: acomodarse por paciencia y reflexión á las leyes de la naturaleza física y de la naturaleza humana, y en vez de ir al encuentro, sacan partido de ellas.

Si ahora pasamos de la acción á la especulación, es decir, á la manera de concebir y de figurar el mundo, encontraremos en ella la huella de ese genio reflexivo y poco sensual. Los pueblos latinos tienen un gusto muy vivo por la exterioridad y el decorado de las cosas, por la representación pomposa que halaga los sentidos y la vanidad, por la regularidad lógica y la simetría exterior, el buen arreglo; en resumen, por la forma. Por el contrario, los pueblos germánicos se han entregado con más gusto al ser íntimo de las cosas, á la verdad misma, es decir, al fondo de ellas. Su instinto les lleva á no dejarse seducir por la apariencia, á levantar los velos, á percibir lo oculto, aunque sea repugnante y triste, y á no suprimir ni disimular ningún detalle de él, aunque sea vulgar y feo. Entre veinte obras de ese instinto hay dos que lo ponen totalmente en claro, porque la oposi-

ción de la forma y del fondo está muy marcada en ellas: éstas son las literaturas y la religión. Las literaturas de los pueblos latinos son clásicas y se relacionan de cerca ó de lejos con la poesía griega, con la elocuencia romana, con el renacimiento italiano, con el siglo de Luis XIV; ellas depuran y ennoblecen, embellecen y excluyen, ordenan y proporcionan. Su última obra maestra es el teatro de Racine, el pintor de las maneras de príncipe, de las conveniencias de la corte, de los personajes mundanos, de las almas cultas, el maestro del estilo oratorio, de la composición sabia, de la elegancia literaria. Por el contrario, las literaturas germánicas son románticas y tienen por primera capa el Edda y las antiguas sagas del Norte: su obra maestra más grande es el teatro de Shakespeare, es decir, la representación cruda y completa de la vida real, con todos los detalles atroces, ignobles, triviales, con todos los instintos sublimes y brutales, con todo el ímpetu de la naturaleza humana presentada á la vista tan pronto en un estilo familiar hasta la trivialidad, tan pronto poético hasta el lirismo, siempre libre de toda regla, incoherente, excesivo, pero de una potencia incomparable para transportar en las almas la pasión enardecida y vibrante, de la que es el grito. De igual modo, tomando la religión y contemplándola en el momento decisivo en el que los pueblos de Europa son llamados para escoger su creencia, es decir, en el siglo XVI, los que han leído los documentos originales saben de lo que se trataba entonces. cuáles son las preferencias secretas que han mantenido á los unos en la antigua vía y qué ha llevado á los otros á la nueva. Todos, hasta el último de los pueblos latinos, han permanecido católicos; no han querido salir de sus costumbres espiritua-

les; han sido fieles á la tradición; han permanecido sometidos á la autoridad; se han conmovido por las exterioridades sensibles, por la pompa del culto, por la hermosa reglamentación de la jerarquía eclesiástica, por la idea majestuosa de la unidad y de la perpetuidad católicas; han dado una importancia capital á los ritos, á las obras exteriores, á los actos visibles por los cuales se manifiesta la piedad. Por el contrario, casi todas las naciones germánicas se han hecho protestantes; si Bélgica, que se inclinaba hacia la Reforma, se ha sustraído á ella, es por la fuerza, gracias á las victorias de Farnesio, á la muerte y á la huida de tantas familias protestantes y á una crisis moral particular que veréis en la historia de Rubens. Los otros pueblos germanos han subordinado el culto exterior al culto íntimo; han hecho que la salvación consista en la conversión y en la emoción religiosa del corazón; han hecho ceder la autoridad oficial de la Iglesia ante la convicción personal del individuo; por ese predominio del fondo, la forma se ha convertido en accesoria, y el culto, las prácticas, los ritos, se han reducido otro tanto. Veremos dentro de poco que, en las artes, la misma oposición de instintos ha producido un contraste análogo de gusto y de estilo. Entretanto, contentémonos con percibir los caracteres fundamentales que distinguen las dos razas. Si la segunda, comparada con la primera, presenta una forma menos escultural, unos apetitos más groseros y un temperamento más adormilado, suministra, por la tranquilidad de sus nervios y por la frialdad de su sangre, una mayor presa á la inteligencia pura; su pensamiento, menos desviado del camino recto por el atractivo del placer sensible, por las sacudidas de la improvisación, por la ilusión de la belleza exterior, sabe

acomodarse mejor á las cosas, tan pronto para comprenderlas, tan pronto para dirigir las.

II

Esta raza, así dotada, ha sufrido diferentes impresiones, según los diferentes medios en que ha vivido. Sembrad varias simientes de la misma especie vegetal en unos suelos y bajo unas temperaturas diferentes; dejadlas germinar, crecer, fructificar, reproducirse indefinidamente cada una en su terreno; se adaptará cada una á su terreno, y tendréis distintas variedades de la misma especie, más diferentes cuanto más fuertes sean los contrastes de los diferentes climas. Tal es la historia de la raza germánica en los Países Bajos; diez años de habitación han hecho su obra; al final de la Edad Media, encontramos en ella, por encima de un carácter innato, un carácter adquirido.

Es preciso, pues, que observemos el suelo y el cielo; á falta de un viaje, echad por lo menos una mirada sobre un mapa. Salvo el distrito montañoso del Sudeste, los Países-Bajos son una llanura húmeda; tres grandes ríos, el Mosa, el Rhin, el Escalda, y varios pequeños, la han formado con sus terrenos. Añadid los afluentes, los estanques, los numerosos pantanos; la región es una vertiente de grandes aguas, que en llegando á ella se convierten en lentas ó permanecen estancadas por falta de pendiente. Cavad un hoyo en no importa qué sitio; sale agua de él. Si miráis los paisajes de Vander-Neer, tendréis una idea de esos vastos ríos perezosos, que en las cercanías del mar tienen una

legua de anchura; duermen encenagados en su lecho, como un enorme pez glutinoso y plano, y lucen incoloros y fangosos con tonos de escama opaca; con frecuencia, la llanura está más baja que ellos; se sienten que van á desbordarse; de su superficie transpira un vapor incesante, y de noche, bajo la luz de la luna, la niebla espesa rodea todo el campo de su humedad azulada. Seguidlos hasta el mar; allí, una segunda agua más violenta, levantada todos los días por las mareas, termina la obra de la primera; el Océano del Norte es hostil al hombre. Recordad la *Estacada*, de Ruysdael, y pensad en las frecuentes tempestades que lanzan las olas rojas y las oleadas monstruosas de espuma sobre la pequeña lengua de tierra plana semiabogada ya por el crecimiento de los ríos. Un cinturón de islas, algunas grandes como medio departamento, señala sobre toda la costa este atascamiento de aguas fluviales y este asalto de aguas marinas, Walcheren, Beveland del Norte y Beveland del Sur, Tholen, Schouven, Vorn, Beyerland, Texel, Vlieland y otras más. A veces entra el Océano y hace mares interiores, el de Harlem, ó golfos profundos, el de Zuyderzée. Si Bélgica es un aluvión, extendido por los ríos, Holanda no es más que un montón de barro en medio de las aguas. Unid á esta inclemencia del suelo el rigor de la temperatura, y estaréis tentados de deducir que el país no está hecho para el hombre, sino para las zancudas y los castores.

Cuando las primeras tribus germánicas vinieron á acampar en él, aun estaba peor. En el tiempo de César y de Estrabón, no era más que un bosque pantanoso; los viajeros contaban que se podía ir de árbol á árbol por toda Holanda sin tocar tierra. Las encinas desarraigadas que caían en los ríos,

formaban almadias como hay en el Mississipi, y venían á chocar contra las flotas romanas. Todos los años el Wahal, el Mosa y el Escalda se desbordaban y cubrían á lo lejos el suelo plano. Todos los años las tempestades del otoño anegaban la isla de Batavia; el aspecto de las costas en Holanda cambiaba incesantemente. La lluvia era continua y la niebla impenetrable como en la América rusa: el día no duraba más que tres ó cuatro horas. Una sólida capa de hielo cubría el Rhin todos los años. La civilización, desmontando el terreno, dulcifica siempre la temperatura, y la Holanda salvaje tenía entonces el clima de Noruega. Cuatro siglos después de la invasión, Flandes se llamaba todavía «el bosque sin fin y sin misericordia». En 1197 el país de Waes, que ahora es una huerta, estaba inculto y los monjes eran sitiados por los lobos. En el siglo XIV rebaños de caballos salvajes vagaban aún por los bosques de Holanda. El mar usurpaba la tierra. En el siglo IX Gante era puerto de mar, Théroutanne, Saint-Omer y Brujas lo eran en el siglo XII, Dam en el XIII, Ecluse en el XIV. Cuando se mira Holanda en los antiguos mapas, no se la reconoce (1). Aun hoy los habitantes se ven obligados á defender el suelo contra los ríos y el mar. En Bélgica la playa es más baja que la marea alta, y los *polders* conquistados de ese modo ostentan sus vastas llanuras arcillosas, su gleba pegajosa, tintada de reflejos violáceos, entre unos diques que aun en nuestros días á veces se rompen. En Holanda el peligro es todavía mayor y toda la vida allí parece precaria. Desde hace trece

(1) Michiels, *Historia de la pintura flamenca*, t. I, página 230, y Schayes, *Los Países Bajos antes y durante la dominación romana*.

siglos se cuenta por término medio una gran inundación cada siete años, además de las pequeñas: 100.000 personas se ahogaron en 1230, 80.000 en 1287, 20.000 en 1470, 30.000 en 1570, 12.000 en 1717. En 1776, en 1808, en 1825 y aun más recientemente, se han visto desastres semejantes. La bahía de Dollart, con una anchura de doce kilómetros y con una profundidad de treinta y cinco, el Zuyderzée, que tiene cuarenta y cuatro leguas cuadradas, son invasiones del mar en el siglo XIII. Para proteger la Frisia han sido precisos veintidós leguas de postes metidos en triple fila, que cuestan cada uno siete florines. Para defender la costa de Harlem ha sido necesario un dique de granito de Noruega, largo de ocho kilómetros, alto de cuarenta pies y que se hunde doscientos debajo de las olas. Amsterdán, que tiene 260.000 habitantes, está totalmente construida sobre unos postes que á veces tienen treinta pies de largo. Todos los terrenos de las ciudades y de los pueblos de la Frisia son construcciones artificiales. Se calcula que los trabajos de defensa entre el Escalda y el Dollart han costado siete mil millones y medio. A ese precio se vive en Holanda, y cuando desde Harlem ó desde Amsterdán se ha visto la inmensa ola amarillenta cabrillea y encerrar hasta perderse de vista su borde delgado de lodo, se encuentra que arrojando ese pasto al monstruo, el hombre se salva á poco precio (1).

Ahora imaginad en ese pantano á las antiguas tribus germánicas, pescadores y cazadores errantes en barcas de cuero, vestidos con un sayón de piel de foca, y calculad, si podéis, el esfuerzo que

(1) Ved Alfonso Esquirós, *La Neerlandia y la vida neerlandesa*. Dos volúmenes en 8.º

esos bárbaros han debido hacer para fabricarse un suelo habitable y cambiarse en un pueblo civilizado. Unos hombres de otro carácter no lo hubieran conseguido. El medio ambiente era demasiado malo. En condiciones análogas, las razas inferiores del Canadá y de la América rusa han permanecido salvajes; otras razas bien dotadas, los celtas de Irlanda y de la alta Escocia, no han llegado más que á unas costumbres caballerescas y á unas leyendas poéticas. Hacían falta aquí unas buenas cabezas reflexivas, capaces de subordinar la sensación á la idea, de soportar pacientemente el fastidio y el cansancio, de imponerse privaciones y trabajos en espera de un resultado lejano; en resumen, una raza germana, quiero decir, unos hombres hechos para asociarse, sufrir, luchar, volver á empezar y mejorar sin cesar, construir diques á los ríos, detener el mar, desecar el suelo, aprovechar el viento, el agua, el terreno plano, el lodo arcilloso, hacer canales, buques, molinos, ladrillos, ganados, industrias, cambios. Como la dificultad era enorme, la inteligencia se ha empleado en ello totalmente para vencerla; se ha inclinado totalmente hacia ese lado; por lo tanto, se ha desviado de los demás. Subsistir, resguardarse, vestirse, comer, proveerse contra el frío y la humedad, aprovisionarse, enriquecerse, no tenían tiempo de pensar en otra cosa; el espíritu se ha vuelto sólo práctico y positivo. En semejante país es imposible soñar, filosofar á la alemana, viajar entre las quimeras de la fantasía y los sistemas de la metafísica (1). En seguida le vuelven á uno á la tierra,

(1) Alfredo Michiels, *Historia de la pintura flamenca*, t. I, pág. 238. Este primer tomo encierra varias ideas generales, todas dignas de atención.

la llamada á la acción es demasiado universal, demasiado urgente y demasiado incesante; si se piensa, es para ejecutar. Bajo esta presión secular, el carácter se hace; lo que es costumbre se vuelve instinto; la forma adquirida por el padre se encuentra hereditaria en el hijo; trabajador, industrial, comerciante, hombre de negocios, hombre de hogar, hombre de buen sentido y nada más, es por nacimiento y sin trabajo lo que han sido sus antecesores por necesidad y por fuerza (1).

Por otra parte, ese espíritu positivo ha sido tranquilo. Comparado á otras naciones cuyo origen es el mismo y cuyo genio no es menos práctico, el hombre de los Países Bajos se muestra mejor equilibrado y más capaz de estar satisfecho. No se ven en él las pasiones violentas, el humor militante, la voluntad en tensión, los instintos de perro de presa, el orgullo grandioso y sombrío que tres conquistas estables y la supervivencia secular del conflicto político han infundido en los ingleses. No se ve en él la inquietud y la necesidad exagerada de acción que la sequedad del aire, las bruscas alternativas del calor y del frío, la electricidad superabundante, han infundido en los americanos de los Estados Unidos. Vive en un clima húmedo y uniforme, que relaja los nervios, desarrolla el temperamento linfático, modera las rebeliones, las explosiones y los ardores del alma, embota la aspereza de las pasiones y orienta el carácter hacia la sensualidad y el buen humor. Ya habéis encontrado este efecto del clima cuando hemos comparado el genio y el arte de los venecianos al genio y al arte de Florencia. Aquí, además, los aconteci-

(1) Próspero Lucas, *De la herencia*, y Darwin, *De la selección natural*.

mientos han venido en ayuda del clima, y la historia ha trabajado en el mismo sentido que la fisiología. Los hombres de estos países no han sufrido, como sus vecinos de más allá de la Mancha, dos ó tres invasiones, la invasión de un pueblo entero, sajones, daneses, normandos, instalados en su territorio; no han recogido la herencia de odio que la opresión, la resistencia, el encarnizamiento, el esfuerzo prolongado, la guerra primero abierta y violenta, después sorda y legal, transmiten de generación en generación. Desde los tiempos más remotos se los encuentra ocupados, como en el siglo de Plinio, en hacer sal, «asociados, siguiendo su antigua usanza, para hacer cultivables los terrenos pantanosos» (1), libres en sus *guildas*, reclamando su independencia, su derecho de justicia, sus privilegios inmemoriales, teniendo por negocios la pesca en grande, el comercio y la industria, llamando sus ciudades con el nombre de *puertos*; en resumen, tal como los halla Guicciardini en el siglo XVI, «muy deseosos de ganar y atentos á aprovechar», pero sin que esa necesidad de abastecerse tenga nada de calenturienta ni de poco razonable. «Su naturaleza es tranquila y perfectamente sentada. Disfrutan prudentemente y según el caso de la fortuna y de las demás cosas mundanas, no se turban fácilmente, lo que se ve primero en sus pláticas y en sus fisonomías. No son muy inclinados á la cólera ni al orgullo, sino que viven entre ellos como buenas gentes, y sobre todo son de genio alegre y jovial.»

Según él, no tienen la ambición exigente ni basta. Muchos de entre ellos dejan pronto los nego-

(1) Kropotkine, *El apoyo mutuo*, publicado por esta Casa Editorial.